

1

Recuerdo con exactitud dónde me encontraba y qué estaba haciendo cuando me enteré de que mi padre había muerto.

—Yo también recuerdo dónde me encontraba cuando me pasó a mí. —Charlie Kinnaird clavó en mí aquella penetrante mirada de ojos azules—. Bueno, ¿dónde estabas?

—En la reserva natural de Margaret, recogiendo caca de ciervo con una pala. Ojalá me hubiera pillado en un escenario mejor, pero no fue así. En realidad no importa. Aunque...

Tragué saliva con dificultad y me pregunté cómo demonios era posible que aquella conversación —o, mejor dicho, entrevista— se hubiera desviado hacia la muerte de Pa Salt. En aquel momento, estaba sentada en la sofocante cafetería de un hospital delante del doctor Charlie Kinnaird. Desde el instante en que entró, me había percatado de que aquel hombre llamaba la atención con su mera presencia. No era solo que resultara asombrosamente atractivo gracias a aquella constitución esbelta y elegante, al traje gris de buena confección y al cabello ondulado de color caoba oscuro; poseía, además, un aire de autoridad natural. Varios miembros del personal del hospital que estaban sentados a mi alrededor habían descuidado sus cafés para levantar la mirada y dedicarle un saludo respetuoso cuando pasó junto a ellos. En cuanto llegó a mi lado y me tendió la mano para presentarse, una levísima descarga eléctrica me recorrió de arriba abajo. Después, cuando se sentó delante de mí, me fijé en aquellos dedos largos que jugueteaban sin parar con el busca que sujetaban, lo cual revelaba cierto nivel de energía nerviosa subyacente.

—¿«Aunque» qué, señorita D'Aplièse? —apuntó Charlie, cuya voz mostraba un suave acento escocés.

Me di cuenta de que era obvio que no estaba dispuesto a dejarme salir del jardín en el que me estaba metiendo yo sola.

—Eh... Es solo que no estoy segura de que Pa esté muerto. Es decir, claro que lo está, porque ha desaparecido y él nunca fingiría su muerte ni nada por el estilo... Sabría cuánto dolor causaría algo así a todas sus hijas... Pero es que lo siento cerca de mí todo el tiempo.

—Si te sirve de consuelo, creo que esa reacción es perfectamente normal —respondió Charlie—. Muchos familiares de fallecidos con los que hablo me dicen que perciben la presencia de sus seres queridos después de que hayan muerto.

—Por supuesto. —Su tono me pareció un tanto condescendiente, aunque debía recordar que estaba hablando con un médico, con alguien que trataba a diario con la muerte y con los seres queridos que esta deja atrás.

—Es curioso, la verdad. —Suspiró, levantó el busca del tablero de la mesa de melamina y empezó a darle vueltas y más vueltas entre las manos—. Como acabo de mencionar, mi padre también murió hace poco, y me asedian lo que solo puedo describir como visiones de pesadilla en las que el hombre, y te estoy hablando de forma literal, ¡se levanta de la tumba!

—¿No estabais unidos, entonces?

—No. Puede que fuera mi padre biológico, pero ahí empezó y acabó nuestra relación. No teníamos nada más en común. Está claro que tú sí estabas apegada al tuyo.

—Sí, aunque lo irónico es que Pa nos adoptó a mis hermanas y a mí cuando éramos bebés, así que no hay ningún tipo de conexión biológica entre nosotros. Sin embargo, no podría haberlo querido más. De verdad, era un hombre increíble.

Charlie esbozó una sonrisa al escuchar mis palabras.

—Bueno, entonces eso sin duda demuestra que la biología no desempeña un papel fundamental en si nos llevamos bien o no con nuestros padres. Es una lotería, ¿no te parece?

—Lo cierto es que no creo que lo sea —repliqué tras decidir que solo podía ser yo misma, incluso en una entrevista de trabajo—. Creo que nos entregan los unos a los otros por una razón, tanto si tenemos lazos de sangre como si no.

—¿Quieres decir que todo está predestinado? —Enarcó una ceja cínica.

—Sí, pero sé que la mayor parte de las personas no estarían de acuerdo conmigo.

—Yo entre ellas, me temo. Como cirujano cardiovascular, debo tratar a diario con el corazón, un órgano que todos identificamos con las emociones y el alma. Por desgracia, yo me he visto forzado a verlo como una masa de músculos... que encima falla a menudo. Me he formado para ver el mundo de un modo estrictamente científico.

—Creo que hay lugar para la espiritualidad en la ciencia —contraataqué—. Yo también he recibido una formación científica rigurosa, pero hay demasiadas cosas que la ciencia no ha explicado todavía.

—Tienes razón, aunque... —Charlie echó un vistazo a su reloj de muñeca—. Parece que nos hemos desviado por completo del tema que nos ocupaba, y tengo que estar de vuelta en la clínica dentro de quince minutos. Así que, perdóname por volver a los negocios, pero ¿qué te ha contado Margaret sobre la finca Kinnaird?

—Que son más de dieciséis mil hectáreas de monte y que estás buscando a alguien que conozca a los animales autóctonos que podrían habitarla, en concreto los gatos monteses.

—Sí. Con la muerte de mi padre, heredaré la finca Kinnaird. Él la utilizó como patio de recreo personal durante años; cazó, pescó, practicó el tiro y dejó secas las destilerías de la zona sin pensar ni por un momento en la ecología de la finca. Para ser justos, no es del todo culpa suya: a lo largo del último siglo, su padre y numerosos antepasados varones antes que él aceptaron de buen grado el dinero de los tratantes de madera de los astilleros. Se cruzaron de brazos y se quedaron mirando mientras se deforestaban enormes extensiones de bosques de pino caledonio. En aquella época no sabían hacerlo mejor, pero en estos tiempos, cuando disponemos de tanta información, sí. Soy consciente de que será imposible revertir la situación por completo, al menos mientras yo viva, pero estoy ansioso por iniciar el proceso. Tengo al mejor encargado de fincas de todas las Highlands, será él quien dirija el proyecto de reforestación. También hemos arreglado el pabellón de caza donde vivía mi padre, así que podemos alquilarlo a gente que quiera respirar el aire fresco de las Highlands y a alguna partida de caza organizada.

—Muy bien —contesté al tiempo que intentaba reprimir un escalofrío.

—Está claro que no apruebas que maten animales.

—No puedo estar de acuerdo con la muerte innecesaria de animales inocentes, no. Pero sí comprendo por qué tiene que suceder —añadí a toda prisa.

A fin de cuentas, me dije, estaba solicitando un empleo en una finca de las Highlands, donde matar ciervos era una práctica no solo habitual, sino obligatoria por ley.

—Con tus antecedentes, estoy seguro de que sabes que el hombre ha destruido todo el equilibrio natural de Escocia. No quedan depredadores naturales, como lobos u osos, que mantengan bajo control la población de ciervos. Hoy en día esa tarea recae sobre nosotros. Al menos podemos llevarla a cabo con la mayor humanidad posible.

—Lo sé, aunque debo ser del todo honesta y decirte que jamás sería capaz de participar en una cacería. Estoy acostumbrada a proteger a los animales, no a matarlos.

—Entiendo tu postura. He echado una ojeada a tu currículum y resulta impresionante. Además de licenciarte con matrícula de honor en zoología, ¿te especializaste en conservación?

—Sí, la vertiente técnica de mi carrera, la anatomía, la biología, la genética, las pautas conductuales de los animales autóctonos, etcétera, me resultó de gran valor. Trabajé en el departamento de investigación del zoo de Servion durante una temporada, pero no tardé en darme cuenta de que me interesaba hacer algo más activo para ayudar a los animales, en lugar de limitarme a estudiarlos desde la distancia y analizar su ADN en una placa de Petri. Es... bueno, es que siento una empatía natural hacia ellos cuando nos encontramos cara a cara y, aunque no poseo formación en veterinaria, tengo buena mano para curarlos cuando están enfermos. —Me encogí de hombros con timidez, abochornada por presumir así de mis habilidades.

—Desde luego, Margaret alabó mucho tus destrezas. Me dijo que has estado cuidando de los gatos monteses de su reserva.

—Sí, me he encargado de sus necesidades del día a día, pero la verdadera experta es Margaret. Teníamos la esperanza de que los gatos se aparearan esta temporada como parte del programa de ressilvestración, aunque ahora que la reserva va a cerrar y que a los animales se los va a buscar un nuevo hogar, lo más probable es que no ocurra. Los gatos monteses son muy temperamentales.

—Eso me dice Cal, el encargado de la finca. No está nada contento con la adopción de los gatos, pero son autóctonos de Escocia y muy escasos, así que siento que es nuestro deber hacer lo que podamos por salvar esa especie. Y Margaret cree que, si hay alguien capaz de ayudar a los gatos a adaptarse al cambio de hábitat, eres tú. Por lo tanto, ¿te interesa subir con ellos a Kinnaird durante unas semanas para acomodarlos?

—Sí, aunque los gatos monteses no constituirían por sí mismos un trabajo a tiempo completo una vez que estén instalados. ¿Hay alguna tarea más que pueda desempeñar?

—Si te soy sincero, Tiggy, hasta el momento no he tenido muchas oportunidades de pensar con detalle en los planes futuros para la finca. Entre el trabajo y, desde que falleció mi padre, tratar de resolver la validación testamentaria, me he visto desbordado. Pero mientras estés con nosotros, me encantaría que pudieras estudiar el terreno y evaluar su idoneidad para otras especies autóctonas. He estado pensando en introducir ardillas rojas y liebres de montaña nativas. También estoy investigando la idoneidad del jabalí y el alce, además de la posibilidad de repoblar el salmón salvaje en los arroyos y lagos construyendo saltos y esas cosas para estimular el desove. La finca tiene un gran potencial si se dispone de los recursos adecuados.

—Muy bien, todo eso parece interesante —convine—. Pero debo advertirte que los peces no son mi especialidad.

—Por supuesto. Y yo debo advertirte a ti que la realidad financiera implica que solo puedo ofrecerte un salario básico más alojamiento, pero agradecería mucho la ayuda que puedas brindarme. A pesar del gran cariño que tengo a ese lugar, Kinnaird está demostrando ser una empresa difícil que requiere mucho tiempo.

—Ya debías de saber que la finca iría a parar a tus manos algún día, ¿no? —supuse.

—Sí, pero también creía que mi padre era uno de esos personajes que vivirían para siempre. Tanto es así que ni siquiera se molestó en hacer testamento, así que murió intestado. Aunque soy su único heredero y es una formalidad, implica otro montón de papeleo que no necesitaba. De todos modos, todo estará solucionado antes de enero, o eso dice mi abogado.

—¿Cómo murió? —pregunté.

—Es irónico, sufrió un ataque al corazón y me lo trajeron hasta aquí en helicóptero —respondió Charlie con un suspiro—. Para entonces ya nos había dejado, había ascendido al cielo en una nube de vapores de whisky, por lo que reveló la autopsia más tarde.

—Debió de ser difícil para ti —comenté, y solo de pensarlo, esboqué una mueca de dolor.

—Fue un shock, sí.

Me fijé en que agarraba el busca una vez más, un gesto que traicionaba su angustia interior.

—¿No puedes vender la finca si no la quieres?

—¿Venderla después de trescientos años siendo propiedad de los Kinnaird? —Puso los ojos en blanco y soltó una risita—. ¡Todos los fantasmas de la familia me perseguirían de por vida! Y si no por otra razón, tengo que intentar cuidarla al menos por Zara, mi hija. Le encanta ese lugar. Tiene dieciséis años y, si pudiera, dejaría el instituto mañana y se iría a trabajar a Kinnaird a tiempo completo. Le he dicho que primero tiene que completar sus estudios.

—Claro.

Miré a Charlie, sorprendida, y de inmediato cambié mi forma de verlo. En serio, ese hombre ni siquiera parecía lo bastante mayor para tener descendencia, mucho menos una hija de dieciséis años.

—Será una gran laird cuando crezca —continuó Charlie—, pero deseo que antes viva un poco: que vaya a la universidad, viaje por el mundo y se asegure de que lo que quiere de verdad es comprometerse con la finca familiar.

—Yo he sabido lo que quería hacer desde que tenía cuatro años, cuando vi un documental sobre cómo mataban a los elefantes por el marfil. No me tomé un año sabático, fui directamente a la universidad. Y apenas he viajado —me encogí de hombros—, pero no hay nada como aprender en el trabajo.

—Eso es lo que me repite Zara una y otra vez. —Charlie me dedicó una leve sonrisa—. Tengo la sensación de que las dos os llevaréis muy bien. Está claro que lo que debería hacer es renunciar a todo esto... —Abarcó lo que nos rodeaba con un gesto—. Y dedicar mi vida a la finca hasta que Zara pueda hacerse cargo de ella. El problema es que, hasta que la propiedad esté en mejor forma, desde el punto de vista económico, no tiene sentido dejar mi trabajo aquí. Y entre tú y yo, ni siquiera estoy seguro todavía de estar hecho para la vida de

terrateniendo en el campo. —Volvió a consultar el reloj—. De acuerdo, he de irme, pero si estás interesada, lo mejor es que visites Kinnaird y lo veas con tus propios ojos. Todavía no ha nevado por allí arriba, pero se espera que suceda pronto. Debes ser consciente de que es el lugar más remoto que puedas imaginar.

—Vivo con Margaret en su casita de campo en medio de la nada —le recordé.

—La casita de Margaret es Times Square en comparación con Kinnaird —respondió Charlie—. Te enviaré un mensaje de texto con el número de Cal MacKenzie, el encargado de la finca, y también con el teléfono fijo del pabellón. Si dejas mensajes en ambos, al final escuchará uno u otro y te devolverá la llamada.

—Vale. Yo...

El pitido del busca de Charlie interrumpió mi línea de pensamiento.

—Bueno, ahora sí que tengo que irme de verdad. —Se levantó—. Envíame un correo electrónico si te surge alguna pregunta más y, si me avisas de cuándo vas a subir a Kinnaird, intentaré reunirme allí contigo. Y, por favor, piénsatelo en serio. Te necesito. Gracias por venir, Tiggy. Adiós.

—Adiós —contesté, y luego lo observé mientras se alejaba entre las mesas hacia la salida.

Me sentía extrañamente eufórica, porque había experimentado una verdadera conexión con él. Charlie me resultaba familiar, como si lo conociera desde siempre. Y, dado que creía en la reencarnación, lo más seguro era que, en efecto, lo hubiera conocido. Cerré los ojos un segundo y despejé la mente para tratar de concentrarme en qué emoción se agitaba primero en mi interior cuando pensaba en él, y el resultado me sorprendió. En lugar de llenarme de un resplandor cálido hacia alguien que podría representar la figura paternal de un jefe, fue una parte muy distinta de mí la que reaccionó.

«¡No! —Abrí los ojos y me levanté para marcharme—. Tiene una hija adolescente, lo cual significa que es mucho mayor de lo que parece y que probablemente esté casado», me reprendí mientras caminaba por los pasillos bien iluminados del hospital y salía a la neblinosa tarde de noviembre. El crepúsculo ya había empezado a caer sobre Inverness, a pesar de que eran poco más de las tres de la tarde.

Ya de pie en la cola del autobús que me llevaría a la estación de tren, me estremecí, aunque no sabía si por el frío o por el cosquilleo de la emoción. Lo que sí tenía claro era que estaba instintivamente interesada en el trabajo, aunque fuera temporal. Así que saqué el móvil, encontré el número de Cal MacKenzie que Charlie acababa de enviarme y lo marqué.

—Entonces —me dijo Margaret esa noche cuando nos acomodamos para tomar nuestra habitual taza de chocolate frente al fuego— ¿cómo ha ido?

—Subiré a ver la finca Kinnaird el jueves.

—Bien. —Los brillantes ojos azules de Margaret destellaron como rayos láser en su rostro arrugado—. ¿Qué te ha parecido el laird, o el lord, como dirían en Inglaterra?

—Ha sido muy... amable. Sí, eso es —conseguí responder—. No era para nada lo que me esperaba —añadí con la esperanza de no estar poniéndome roja—. Creí que sería mucho mayor. Es posible que sin pelo y con una panza enorme de beber demasiado whisky.

—Sí. —Rio como si me hubiera leído la mente—. Es agradable a la vista, eso está claro. Conozco a Charlie desde que era un niño; mi padre trabajaba para su abuelo en Kinnaird. Era un joven encantador, aunque todos supimos que estaba cometiendo un error cuando se casó con esa esposa suya. Además, era demasiado joven todavía. —Margaret puso los ojos en blanco—. Su hija, Zara, es muy dulce, aunque, ojo, también un poco salvaje. Pero es que no ha tenido una infancia fácil. Bueno, cuéntame qué más te ha dicho Charlie.

—Aparte de cuidar de los gatos, quiere que investigue razas autóctonas que puedan introducirse en la finca. Para serte sincera, no me ha parecido muy... organizado. Creo que sería solo un trabajo temporal, hasta que los gatos se aclimatasen.

—Bueno, aunque sea poco tiempo, vivir y trabajar en una finca como Kinnaird te enseñará mucho. A lo mejor allí comienzas a asimilar que no puedes salvar a todas y cada una de las criaturas que estén a tu cargo. Y eso también va por los casos perdidos de la especie humana —añadió con una sonrisa irónica—. Tienes que apren-

der a aceptar que los animales y los humanos deben seguir su propio destino. Solo puedes hacerlo lo mejor que te sea posible, nada más.

—Nunca seré lo bastante dura para soportar el sufrimiento de un animal, Margaret. Ya lo sabes.

—Cierto, querida, y eso es lo que te hace especial. Eres una chiquilla minúscula con un corazón enorme, pero ten cuidado de no extenuarlo con tantas emociones.

—Bueno, ¿cómo es el tal Cal MacKenzie?

—Uy, al principio parece un poco brusco, pero bajo esa apariencia es un tesoro. Lleva esa finca en la sangre, así que aprenderías mucho de él. Además, si no aceptas ese trabajo, ¿adónde irás? Ya sabes que tanto los animales como yo nos habremos marchado de aquí antes de Navidad.

Debido a la gravedad de su artritis, Margaret por fin iba a mudarse a la ciudad de Tain, a cuarenta y cinco minutos en coche de la casa de campo húmeda y desvencijada en la que estábamos sentadas en aquellos instantes. A orillas del estuario de Dornoch, sus ocho hectáreas de terreno, situado en la ladera de una montaña, habían albergado a Margaret y su variopinto grupo de animales durante los últimos cuarenta años.

—¿No te da pena marcharte? —volví a preguntarle—. Si yo fuera tú, estaría llorando a lágrima viva día y noche.

—Por supuesto que sí, Tiggy, pero, como he tratado de enseñarte, todo lo bueno debe tener un final. Y, si Dios quiere, comenzarán cosas nuevas y mejores. No tiene sentido lamentar lo que fue, solo debes aceptar lo que será. Hace mucho tiempo que sabía que esto llegaría y, gracias a tu ayuda, he conseguido quedarme un año más aquí. Además, mi nuevo bungalow cuenta con radiadores que puedo encender cuando quiera, ¡y la señal de televisión siempre funciona!

Me dedicó una carcajada y una gran sonrisa, aunque yo, que me enorgullecía de ser intuitiva por naturaleza, no supe si de verdad estaba ilusionada por el futuro o si solo intentaba parecer valiente. Fuera lo que fuese, me puse en pie y fui a abrazarla.

—Creo que eres increíble, Margaret. Los animales y tú me habéis enseñado muchas cosas. Os echaré muchísimo de menos.

—Sí, bueno, no me extrañarás tanto si aceptas el trabajo en Kinnaird. Estoy en el valle, a tiro de piedra, y disponible para aconse-

jarte sobre los gatos si lo necesitas. Y tendrás que visitar a Dennis, Guinness y Button, o ellos también te echarán de menos.

Bajé la mirada a las tres criaturas escuálidas que descansaban delante del fuego: un anciano gato naranja con tres patas y dos perros viejos. Cuando eran jóvenes, Margaret los había cuidado a todos hasta que recuperaron la salud.

—Subiré a ver Kinnaird y luego tomaré una decisión. De lo contrario, volveré a Atlantis en Navidad y me replantearé las cosas. Bueno, ¿te ayudo a acostarte antes de subir?

Era una pregunta que le hacía a Margaret todas las noches y que ella contestaba con su habitual respuesta orgullosa:

—No, me quedaré otro rato sentada junto al fuego, Tiggy.

—Dulces sueños, mi querida Margaret.

Le di un beso en la mejilla apergaminada y después subí por la estrecha y desnivelada escalera hasta mi habitación. Mi dormitorio había sido el de Margaret hasta que incluso ella se dio cuenta de que subir esos escalones todas las noches era demasiado peligroso. Así pues, habíamos bajado su cama al comedor, y tal vez fuese una bendición que nunca hubiera dispuesto de los fondos necesarios para trasladar el baño al piso de arriba, porque así continuaba encontrándose en la gélida construcción anexa a la casa, a solo unos metros de la habitación que Margaret utilizaba entonces como dormitorio.

Mientras seguía mi rutina habitual de quitarme toda la ropa de día para luego ponerme capas y más capas de ropa de noche antes de meterme entre las sábanas heladas, me reconfortó pensar que mi decisión de trasladarme allí, a la reserva, había sido la correcta. Tal como había explicado a Charlie Kinnaird, al cabo de seis meses en el departamento de investigación del zoo de Servion de Lausana, me había dado cuenta de que quería cuidar y proteger a los animales con mis propias manos. Así que contesté a un anuncio que había visto en línea y me mudé a una maltrecha casita de campo junto a un lago para ayudar a una anciana artrítica en su reserva natural.

«Confía en tu instinto, Tiggy, nunca te defraudará.»

Era lo que Pa Salt me había dicho muchas veces.

«La vida es intuición con un toque de lógica. Si aprendes a usar ambas cosas en su justa medida, lo normal es que cualquier deci-

sión que tomes sea correcta», había añadido un día que nos plantamos juntos en su jardín privado de Atlantis para contemplar la luna llena que se alzaba sobre el lago de Ginebra.

Recordé que había estado contándole que mi sueño era ir a África algún día y trabajar con sus increíbles criaturas en su hábitat natural, en lugar de entre rejas.

Esa noche, mientras colocaba los dedos de los pies encogidos en un trozo de la cama que había calentado con las rodillas, me di cuenta de lo lejos que me sentía de cumplir mi sueño. Desde luego, encargarme de cuatro gatos monteses escoceses no era jugar en primera división.

Apagué la luz y me quedé allí tumbada, pensando en cómo se metían conmigo todas mis hermanas por ser la sensible y la espiritual de la familia. La verdad es que no podía echárselo en cara, porque cuando era una niña todavía no entendía que era «diferente», así que me limitaba a hablar de las cosas que veía o sentía. Una vez, cuando era muy pequeña, le dije a mi hermana CeCe que no debía trepar a su árbol favorito porque la había visto caerse de las ramas. Ella se rio de mí, aunque no con crueldad, y me dijo que lo había escalado cientos de veces y que me estaba comportando como una idiota. Al cabo de media hora, cuando se cayó, CeCe fue incapaz de mirarme, avergonzada por el hecho de que mi profecía se hubiera cumplido. Desde entonces yo había aprendido que era mejor mantener la boca cerrada cuando «sabía» cosas. Como en ese momento, cuando «sabía» que Pa Salt no estaba muerto...

De haberlo estado, habría reconocido el instante en que su alma abandonó la tierra. Sin embargo, no había sentido nada, solo la absoluta conmoción por la noticia cuando recibí la llamada de mi hermana Maia. Me pilló desprevenida por completo; no había percibido ningún «aviso» de que iba a ocurrir algo malo. Por lo tanto, o mi cableado espiritual estaba defectuoso o me encontraba en estado de negación porque no soportaba aceptar la verdad.

Mis pensamientos viraron de pronto hacia Charlie Kinnaird y la extraña entrevista de trabajo que había mantenido con él aquel día. Se me volvió a encoger el estómago de forma inapropiada al evocar aquellos sorprendentes ojos azules y las manos estilizadas de dedos largos y sensibles que tantas vidas habían salvado...

—¡Dios, Tiggy! Contrólate —murmuré.

Tal vez se debiera solo a que, llevando una vida tan aislada, no podía decirse que los hombres atractivos e inteligentes entraran en tropel por la puerta, precisamente. Además, Charlie Kinnaird debía de ser al menos diez años mayor que yo...

Aun así, pensé mientras cerraba los ojos, estaba deseando visitar la finca Kinnaird.

Tres días más tarde, me bajé del pequeño tren de dos vagones en la estación de Tain y me encaminé hacia un Land Rover desvencijado, el único vehículo que vi ante la entrada principal del diminuto edificio. El hombre que ocupaba el asiento del conductor bajó la ventanilla.

—¿Tiggy? —me preguntó con un marcado acento escocés.

—Sí. ¿Eres Cal MacKenzie?

—El mismo. Sube a bordo.

Y eso hice, aunque no conseguía cerrar la pesada puerta del pasajero detrás de mí.

—Levántala y después pega un portazo —me recomendó Cal—. Este cuatro latas ha tenido días mejores, como la mayoría de las cosas de Kinnaird.

De repente oí un ladrido a mi espalda, me volví y vi a un gigantesco lebrél escocés sentado en el asiento trasero. El perro se adelantó para olisquearme el pelo y luego me dio un lametón áspero en la cara.

—¡Eh, Cardo, abajo, muchacho! —ordenó Cal.

—No importa —dije, y estiré las manos para rascar a Cardo detrás de las orejas—, me encantan los perros.

—Sí, pero no vayas a empezar a mimarlo, es un perro de trabajo. Bien, nos vamos.

Tras unos cuantos intentos fallidos, Cal logró poner el motor en marcha y cruzamos Tain, un pueblo pequeño, construido con adusta pizarra gris, que proporcionaba servicio a una gran comunidad rural y albergaba el único supermercado decente de la zona. La extensión urbana desapareció enseguida y continuamos circulando por una carretera serpenteante, entre colinas de pendientes suaves, cubiertas de brezo y salpicadas de pinos caledonios. Las

cimas de los montes estaban envueltas en una espesa niebla gris y, tras tomar una curva, a nuestra derecha apareció un lago. Bajo la llovizna, me recordó a un inmenso charco gris.

Me estremecí a pesar de Cardo, que había decidido apoyar la peluda cabeza gris en mi hombro y calentarme la mejilla con su aliento, y recordé el día que había aterrizado en el aeropuerto de Inverness, hacía casi un año. Había dejado atrás el cielo azul claro de Suiza y la capa fina de la primera nevada de la temporada sobre la cima de las montañas situadas frente a Atlantis, solo para encontrarme en una réplica deprimente del mismo paisaje. Cuando el taxi me llevaba a la casa de campo de Margaret, me pregunté muy en serio qué demonios había hecho. Un año después, tras haber vivido en las Highlands durante las cuatro estaciones, sabía que, cuando llegara la primavera, el brezo haría que las laderas cobraran vida con el púrpura más tenue y que el lago destellaría con un plácido azul bajo el benévolo sol escocés.

Miré con disimulo a mi conductor: un hombre fornido y bien formado con las mejillas coloradas y una rala cabellera pelirroja. Las enormes manos que agarraban el volante eran las de un hombre que las usaba como herramientas: las uñas con tierra incrustada debajo, los dedos cubiertos de arañazos y los nudillos enrojecidos por los rigores del trabajo a la intemperie. Dado que las tareas que desempeñaba Cal resultaban duras desde el punto de vista físico, decidí que debía de ser más joven de lo que parecía y lo situé entre los treinta y los treinta y cinco años.

Como la mayoría de las personas que había conocido en aquella zona, acostumbradas a vivir y trabajar en la tierra y aisladas del resto del mundo, Cal no hablaba mucho.

«Pero es un buen hombre...», me dijo mi voz interior.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en Kinnaird? —pregunté para romper el silencio.

—Desde que era un crío. Mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo y mi tatarabuelo hicieron lo mismo antes que yo. Salí a trabajar con mi padre en cuanto aprendí a andar. Los tiempos han cambiado desde entonces, eso es seguro. Los cambios conllevan sus propios problemas, ojo. A Beryl no le hace ninguna gracia que un puñado de *sassenachs* invada su territorio.

—¿Beryl? —pregunté.

—El ama de llaves del pabellón de Kinnaird. Lleva más de cuarenta años trabajando allí.

—¿Y *sassenachs*?

—Los ingleses; hay un montón de ricos engreídos del otro lado de la frontera que vendrán a pasar el Hogmanay en el pabellón. Y a Beryl no le gusta la idea. Eres la primera huésped desde que lo arreglaron. La esposa del laird se encargó de la reforma y no escatimó en nada. Solo la factura de las cortinas debió de ascender a miles de libras.

—Bueno, espero que no se haya tomado ninguna molestia por mí. Estoy acostumbrada a las condiciones difíciles —dije, pues no quería que Cal me tomara de ninguna de las maneras por una princesa malcriada—. Deberías ver la casita de Margaret.

—Sí, la he visto muchas veces. Es prima de mi primo, así que nos une un parentesco lejano. Como la mayoría de la gente de estos lares.

Volvimos a sumirnos en el silencio cuando Cal tomó una curva brusca hacia la izquierda junto a una pequeña capilla destartalada con un letrero desgastado y torcido de «Se vende» clavado en un muro. El camino se había estrechado y habíamos pasado a avanzar por campo abierto, con muros de piedra en seco a ambos lados de la calzada para mantener a las ovejas y el ganado contenidos a salvo detrás de ellos.

A lo lejos, se atisbaban unas nubes grises suspendidas sobre un terreno más montañoso. De vez en cuando aparecía alguna que otra casa de piedra a uno u otro lado del camino, y de las chimeneas brotaban columnas de humo. A las cuatro de la tarde, el crepúsculo ya había llegado. Continuamos circulando y la carretera se llenó de baches; la suspensión del viejo Land Rover se me antojó inexistente mientras Cal salvaba una serie de puentes angostos y curvos que cruzaban arroyos turbulentos y salpicados de rocas caídas en torno a las que el agua que bajaba formaba una espuma blanca y burbujeante, señal de que estábamos ascendiendo.

—¿Cuánto queda? —pregunté tras echar un vistazo al reloj y darme cuenta de que hacía una hora que habíamos salido de Tain.

—Ya no mucho —contestó Cal cuando giramos a la derecha y el camino se convirtió en poco más que una pista de grava con unos baches traicioneros y tan profundos que el barro que los

llenaba saltó y salpicó las ventanillas—. Verás la entrada de la finca justo delante.

Cuando un par de columnas de piedra pasaron a toda prisa ante la luz de los faros, pensé que ojalá hubiera llegado de día para orientarme.

—Ya casi estamos —me tranquilizó Cal mientras girábamos hacia uno y otro lado dando bandazos por el camino.

Mientras el Land Rover intentaba remontar una pendiente pronunciada, las ruedas daban vueltas y más vueltas, luchando por agarrarse a la grava suelta y empapada. Cal por fin paró el vehículo y el motor se estremeció hasta detenerse con alivio.

—Bienvenida a Kinnaird —anunció al tiempo que abría la puerta y salía.

Me fijé en que era ágil, teniendo en cuenta su envergadura. Dio la vuelta al coche y me abrió la puerta del pasajero. Luego me tendió la mano para ayudarme a bajar.

—Puedo apañármelas sola —insistí, y acto seguido di un salto y aterricé en un charco.

Cardo también saltó del coche y me dio un lametón amistoso antes de alejarse para olfatear los alrededores del camino de entrada, sin duda satisfecho de encontrarse de nuevo en terreno conocido.

Alcé la vista y, a la luz de la luna, distinguí las líneas limpias y definidas del pabellón Kinnaird. Sus tejados inclinados y puntia-gudos y sus chimeneas elevadas proyectaban sombras en la noche; las luces cálidas brillaban detrás de los altos ventanales que se asomaban a las sólidas paredes de esquisto.

Cal sacó mi mochila de la parte trasera del Land Rover y acto seguido me guio por un lateral del pabellón hacia una puerta trasera.

—La entrada de servicio —masculló mientras se limpiaba las botas en el limpiabarros colocado fuera—. Solo el laird, su familia y los invitados usan la puerta principal.

—De acuerdo —dije cuando entramos y recibí el impacto de una bienvenida ráfaga de aire caliente.

—Esto es como un horno —se quejó Cal cuando recorríamos un pasillo con un intenso olor a pintura fresca—. La esposa del laird ha instalado un sofisticado sistema de calefacción y Beryl aún no ha aprendido a controlarlo. ¡Beryl! —gritó al tiempo que entrábamos en una gran cocina ultramoderna, iluminada por numerosos focos.

Parpadeé para que se me adaptaran los ojos mientras trataba de asimilar la gran isla central reluciente, las hileras de armarios brillantes colgados en la pared y lo que parecían dos hornos de última generación.

—Es muy elegante —le dije a Cal.

—Sí, así es. Deberías haber visto esta habitación antes de que muriera el viejo laird; calculo que habría cien años de mugre acumulada detrás de los viejos armarios, además de una gran familia de ratones. Todo se caerá a pedazos, claro, si Beryl no es capaz de aprender a usar esos hornos tan modernos. Siempre ha cocinado en los fogones viejos, y se necesita una licenciatura en informática para poner esos dos chismes en marcha.

Mientras Cal hablaba, entró una mujer distinguida y delgada, con el pelo blanco como la nieve recogido en un moño a la altura de la nuca. Sentí que su mirada de ojos azules, situados uno a cada lado de una nariz aguilina en una cara larga y angulosa, me evaluaba.

—La señorita D'Aplièse, supongo —dijo, y su voz modulada apenas reveló un dejo de acento escocés.

—Sí, pero, por favor, llámeme Tiggy.

—Tutéame tú también, aquí todos me llaman Beryl.

Pensé que su nombre la contradecía. Me había imaginado a una mujer maternal, con el busto generoso, las mejillas enrojecidas y unas manos tan ásperas y grandes como las cacerolas con las que hacía malabarismos todos los días, no a esa mujer atractiva, más bien severa, ataviada con un immaculado vestido negro de ama de llaves.

—Gracias por dejarme pasar la noche aquí. Espero no haber causado demasiadas molestias en un momento en que estáis tan ocupados.

Tenía la boca reseca, me sentía como una niña que se dirige a la directora del colegio. Beryl poseía un aire de autoridad que simplemente exigía respeto.

—¿Tienes hambre? He hecho sopa... Casi lo único que soy capaz de preparar de forma segura hasta que haya descifrado los programas de los hornos nuevos. —Dirigió a Cal una sonrisa sombría—. El laird me ha dicho que eres vegana. ¿Te bastará con una sopa de zanahoria y cilantro?

—Sí, perfecto, gracias.

—Bueno, yo os dejo —intervino Cal—. Tengo que ir al cobertizo a hervir algunas cabezas de ciervo de la partida de ayer. Buenas noches, Tiggy, que duermas bien.

—Gracias, Cal, tú también —contesté al tiempo que contenía las ganas de vomitar que me habían provocado sus palabras de despedida.

—Muy bien, entonces te llevaré arriba, a tu habitación —dijo Beryl con brusquedad para indicar que debía seguirla.

Al final del pasillo, giramos hacia un gran vestíbulo con el suelo de losas y una impresionante chimenea de piedra sobre la que colgaba la cabeza de un ciervo, rematada por una magnífica cornamenta. El ama de llaves me guio hacia el piso superior por una escalera recién alfombrada, cuyas paredes estaban atestadas de retratos de antepasados de los Kinnaird, y a lo largo del amplio rellano en el que desembocaba; después, abrió la puerta de una habitación grande, decorada en suaves tonos beis. Una enorme cama con dosel cubierta con tartán rojo ocupaba el lugar más destacado, unos sillones de cuero con cojines mullidos descansaban junto a la chimenea y dos antiguos pies de lámpara de latón colocados sobre sendas mesillas de caoba pulidas emitían un suave resplandor.

—Es preciosa —murmuré—. Me siento como si estuviera en un hotel de cinco estrellas.

—El viejo laird durmió en esta habitación hasta el día que murió. Apenas la reconocería ahora, claro, sobre todo el baño. —Beryl señaló una puerta a nuestra izquierda—. Él lo utilizaba como vestidor. Hice instalar un inodoro allí hacia el final, porque los aseos estaban al otro lado del pasillo, ¿sabes?

Beryl suspiró con pesadez y su expresión me reveló que sus pensamientos permanecían anclados en el pasado, en un pasado que quizá añoraba.

—He pensado que podría utilizarte como conejillo de Indias, que podrías probar la suite y ver si hay algún problema, si no te importa —continuó Beryl—. Te estaría muy agradecida si te dieras una ducha y me avisaras de cuánto tarda en salir el agua caliente.

—Será un placer. Donde vivo en este momento, el agua caliente escasea.

—Muy bien, todavía estamos esperando que nos traigan la mesa del comedor del taller del restaurador, así que lo mejor será que te suba aquí una bandeja.

—Lo que te resulte más fácil, de verdad, Beryl.

La mujer asintió y salió de la habitación. Me senté en el borde de lo que parecía un colchón muy cómodo y pensé que no era del todo capaz de descifrar a Beryl. Y ese pabellón... el lujo que me rodeaba era lo último que esperaba encontrarme. Al final, me levanté de la cama y fui a abrir la puerta del baño. En el interior encontré un lavabo doble con encimera de mármol, una bañera independiente y una cabina de ducha con una de esas enormes alcachofas circulares bajo la que, después de meses bañándome en la desportillada tina de esmalte de Margaret, me moría de ganas de meterme.

—El paraíso. —Suspiré antes de desnudarme, abrir el grifo de la ducha y pasar un tiempo indecente debajo de ella.

Al salir, me sequé y luego me puse el albornoz espléndidamente esponjoso que colgaba de la parte posterior de la puerta. Me sequé los rizos rebeldes con la toalla y volví a la habitación, donde encontré a Beryl, que ya depositaba una bandeja encima de una mesa junto a una de las butacas de cuero.

—Te he traído un zumo casero de flor de saúco para acompañar la sopa.

—Gracias. Por cierto, el agua ha salido enseguida y estaba muy caliente.

—Bien —respondió Beryl—. De acuerdo, entonces te dejaré cenar. Que duermas bien, Tiggy.

Y, sin más, salió de la habitación.

2

Ni un solo destello de sol se filtraba a través del grueso forro de las cortinas mientras buscaba a tientas el interruptor de la luz para ver qué hora era. Me sorprendí al descubrir que eran casi las ocho, una verdadera exageración para alguien que, por lo general, se levantaba a las seis para dar de comer a los animales. Salí reptando de la enorme cama y crucé la habitación para descorrer las cortinas. La hermosa vista que me encontré al otro de la ventana me arrancó una exclamación de alegría.

El pabellón estaba ubicado en una colina que daba a una cañada, de modo que el terreno descendía con suavidad hasta un río estrecho y sinuoso que corría por el fondo llano del valle y se elevaba de nuevo por el otro lado hacia una cadena montañosa cubierta por una capa de nieve que parecía azúcar glasé. Todo el paisaje resplandecía de escarcha bajo el nuevo sol y abrí la ventana, recién pintada, para respirar una bocanada de aire de las Highlands. Tenía un olor puro, con un sutilísimo toque de tierra turbosa otoñal. La hierba y el follaje se descomponían para fertilizar el resurgir de la primavera siguiente.

Lo único que me apetecía era salir a toda prisa y perderme en el milagro de la naturaleza en todo su esplendor. Me puse los vaqueros y el jersey, la chaqueta de esquí, un gorro y mi par de botas más resistentes, y después bajé hasta la puerta principal. No estaba cerrada con llave y, al abrirla, me deleité en el etéreo paraíso terrenal que se extendía ante mí, milagrosamente ajeno tanto a los humanos como a los lugares que habitaban.

—Esto es todo mío —susurré mientras caminaba por la hierba áspera y crujiente de escarcha del jardín delantero.

Oí un susurro procedente de los árboles a mi izquierda y vi un corzo joven, con las orejas grandes y puntiagudas, las pestañas largas y el pelaje moteado de castaño, que saltaba con ligereza entre ellos. A pesar de que el recinto de los ciervos de Margaret era grande y se había diseñado con la intención de imitar su hábitat mientras los animales se recuperaban, no dejaba de ser un cercado. En Kinnaird, los ciervos contaban con miles de hectáreas para vagar libres y salvajes, aunque, de todas formas, se enfrentaban al peligro de los depredadores humanos, en lugar de a sus enemigos naturales de antaño.

Ningún elemento de la naturaleza estaba a salvo, pensé, ni siquiera los humanos, los autoproclamados amos de la tierra: con toda nuestra arrogancia, nos creíamos invencibles. Sin embargo, había visto en innumerables ocasiones cómo una poderosa ráfaga de viento de los dioses desde los cielos podía acabar con miles de nosotros de golpe durante un tornado o un tsunami.

En mitad del descenso de la colina, me detuve junto a un torrente impetuoso, crecido por la lluvia de la noche anterior. Inspiré el aire y miré a mi alrededor.

«¿Podría vivir aquí durante un tiempo?»

«¡Sí, sí, sí!», fue la respuesta de mi alma.

No obstante, el aislamiento era extremo, incluso para mí: Kinnaird era sin duda otro mundo. Sabía que mis hermanas me dirían que estaba loca por recluirme allí, que debería pasar más tiempo con gente (preferiblemente hombres solteros), pero eso no era lo que me alegraba el corazón. La naturaleza hacía que me sintiera viva, que los sentidos se me agudizaran y se elevaran, como si me alzara sobre la tierra y me convirtiera en parte del universo. En Kinnaird, sabía que ese resquicio interior que yo ocultaba al resto del mundo podría florecer y crecer cuando me despertara todas las mañanas ante el regalo de esa cañada mágica.

—¿Qué opinas de que me venga a Kinnaird, Pa? —pregunté levantando la mirada hacia los cielos y deseando con fervor poder establecer esa conexión vital e invisible con la persona a la que más quería en el mundo. De nuevo, sin embargo, me encontré hablando con la nada, tanto física como espiritualmente, lo cual resultaba muy irritante.

A unos cientos de metros del pabellón, me sorprendí mirando hacia abajo desde un peñasco rocoso hacia una zona inclinada y

muy boscosa. Se trataba de un lugar recóndito, pero, cuando bajé por la pendiente para investigar, resultó ser de fácil acceso. Era el lugar perfecto para que Molly, Igor, Posy y Polson —es decir, los cuatro gatos monteses— tuvieran sus cercados.

Pasé un buen rato paseando por la zona, consciente de que la boscosa ladera posterior proporcionaría la sensación de seguridad que los gatos monteses necesitaban para llegar a sentirse lo bastante cómodos para aventurarse hacia el exterior y, con el tiempo, reproducirse. Se hallaba a solo diez minutos del pabellón y de las casas de campo circundantes, lo suficientemente cerca para que pudiera suministrarles sus raciones diarias incluso en lo más crudo del invierno. Satisfecha con mi elección, volví a subir por la pendiente hacia el sendero angosto e irregular que, sin duda, servía de camino de acceso por la cañada.

Entonces oí el sonido de un motor que traqueteaba hacia mí y, al volverme, vi a Cal asomado por la ventanilla del Land Rover, con cara de alivio.

—¡Aquí estás! ¿Dónde te habías metido? Beryl tenía el desayuno preparado hace un buen rato, pero cuando ha ido a llamarte a tu habitación, la ha encontrado vacía. Estaba convencida de que se te había llevado esta noche MacTavish el Temerario, el fantasma residente del pabellón.

—Ay, Dios, lo siento mucho, Cal. Hace una mañana tan bonita que he salido a explorar. Además, he encontrado el lugar perfecto para construir el recinto de los gatos monteses. Está justo ahí abajo.

Señalé la pendiente.

—Entonces ha valido la pena alterar a Beryl y su desayuno. Y si me apuras, no le va mal que se le activen los sentidos, un poco de emoción, ya sabes a qué me refiero. —Me guiñó un ojo mientras yo forcejeaba con la puerta del pasajero—. Desde luego, el problema es que se cree que es la verdadera señora del pabellón, y no puede negarse que, en muchos sentidos, lo es. Sube, que te llevo de vuelta.

Obedecí, y nos pusimos en marcha.

—Estos caminos se vuelven traicioneros cuando nieva —comentó Cal.

—Siempre he vivido en Ginebra, así que al menos estoy acostumbrada a conducir con nieve.

—Pues eso es bueno, porque vas a pasarte meses viendo un montón. Mira —señaló—, justo al otro lado del arroyo, en ese bosquecillo de abedules, es donde les gusta refugiarse a los ciervos por la noche.

—No parece ofrecer mucha protección —dije observando los escasos árboles.

—Sí, y ese es el problema. La mayor parte del bosque natural ha desaparecido de la cañada. Vamos a empezar a reforestar, pero tendremos que vallarlo todo o los ciervos se comerán los vástagos. El nuevo laird se está embarcando en una gran tarea. Eh, Beryl, no me hagas esto.

Se produjo un chirrido cuando Cal intentó meter la marcha en el Land Rover. El vehículo dio sacudidas durante unos segundos y después volvió a funcionar sin problema.

—¿Beryl? —repetí.

—Sí. —Rio entre dientes—. Se llama así en honor a nuestra ama de llaves; este coche es tan resistente como unas botas viejas y, casi siempre, confiable, a pesar de sus traspies.

Cuando Cal y yo volvimos al pabellón, me disculpé mil veces con la Beryl humana por haber desaparecido antes del desayuno, y luego me sentí obligada a comerme hasta el último de los sándwiches de crema de extracto de levadura que me había preparado «En sustitución del desayuno que no te has comido». Y no puede decirse que sea muy fan del extracto de levadura.

—Creo que no le caigo bien —susurré a Cal cuando la mujer salió de la cocina y él me ayudó comiéndose un par de aquellos ladrillos.

—Qué va, Tig, la pobre mujer solo está estresada —comentó Cal con sensatez mientras sus enormes mandíbulas demolían los sándwiches—. Entonces ¿a qué hora piensas coger el tren? Hay uno a las 15.29, pero tú decides.

El timbre de un teléfono rompió el silencio, luego se detuvo. Antes de que me diera tiempo a responder a Cal, Beryl ya estaba de vuelta en la cocina.

—El laird desea hablar contigo, Tiggy. ¿Es un buen momento? —me preguntó.

—Por supuesto.

Me encogí de hombros para indicar a Cal que no sabía a qué

venía la llamada y luego seguí a Beryl por el pasillo de atrás hasta una pequeña habitación que, sin duda, servía de despacho.

—Te dejaré sola —dijo Beryl, y señaló el teléfono que reposaba en el escritorio.

Cerró la puerta a su espalda.

—¿Hola? —dije al auricular.

—Hola, Tiggy. Acepta mis disculpas por no haber podido reunirme contigo en Kinnaird. Surgieron un par de emergencias en el hospital.

—No te preocupes, Charlie —mentí, porque en realidad sí estaba decepcionada.

—Bueno, ¿qué opinas de Kinnaird?

—Creo... que es uno de los lugares más increíbles que he visto en mi vida. Es impresionante, de verdad, Charlie. Ah, y, por cierto, me parece que he encontrado el lugar perfecto para los gatos monteses.

—¿En serio?

—Sí.

Le expliqué a qué parte de la finca me refería y las razones en las que basaba mi elección.

—Si crees que ese emplazamiento es el correcto, Tiggy, entonces estoy seguro de que así es. ¿Y qué me dices de ti? ¿Te gustaría subir con ellos?

—Bueno... el sitio me encanta —contesté sonriendo al auricular—. De hecho, no solo me encanta, lo adoro.

—Entonces ¿podrías vivir ahí una temporada?

—Sí —respondí sin pensármelo—. Seguro.

—Bueno, pues eso es... ¡fantástico! Cal, sobre todo, estará encantado. Soy consciente de que aún no hemos hablado ni de dinero ni de las condiciones, pero ¿te parece bien que te envíe un correo electrónico al respecto? ¿Establecemos un período inicial de tres meses?

—Sí, muy bien, Charlie. Leeré el correo electrónico y responderé.

—Estupendo. Ojalá sea yo quien te enseñe el resto de la finca la próxima vez, pero espero que Beryl te haya hecho sentir cómoda en el pabellón.

—Uy, sí, claro.

—Bien. Pues te enviaré ese correo electrónico y, si accedes a trabajar en Kinnaird, ¿podrías subir con los gatos monteses a principios de diciembre?

—Me parece perfecto.

Después de despedirme con educación, puse fin a la llamada y me pregunté si había tomado la mejor o la peor decisión de mi vida.

Tras dar las gracias de forma efusiva a Beryl por su hospitalidad, Cal me acompañó en una visita rápida a la cabaña rústica pero encantadora que compartiría con él si aceptaba el puesto. Luego nos subimos a Beryl, el Land Rover, y partimos hacia la estación de Tain.

—Bueno, ¿vas a venirte con los gatos o no? —me preguntó Cal sin rodeos.

—Sí, vendré.

—¡Gracias a Dios! —Cal dio un manotazo al volante—. Los gatos eran lo último que necesitaba echarme a la espalda, con todas las cosas que ya tengo que hacer.

—Llegaré con ellos en diciembre, lo que significa que tienes que empezar a organizar la construcción del recinto.

—Sí, y necesitaré que me aconsejes seriamente al respecto, Tig, pero es una gran noticia que vengas. ¿Estás segura de que sobrellevarás el aislamiento? —me preguntó mientras dábamos tumbos por el camino que salía de la finca—. No es para todo el mundo.

En ese momento, el sol eligió salir de detrás de una nube e iluminó la cañada que se extendía por debajo de nosotros, envuelta en una niebla etérea.

—Oh, sí, Cal. —Sonreí y sentí que una burbuja de emoción crecía en mi interior—. Sé que puedo.

3

El mes siguiente pasó en un abrir y cerrar de ojos; fue un mes con muchas despedidas tristes cada vez que Margaret y yo decíamos adiós con dolor a nuestros queridos animales. Los ciervos, dos ardillas rojas, los erizos, los búhos y el único burro que nos quedaba fueron enviados a sus nuevos hogares. Margaret se mostró mucho más serena que yo, que lloré sin consuelo después de la partida de cada uno de ellos.

—Es el ciclo de la vida, Tiggy, está lleno de bienvenidas y despedidas, y te iría bien entenderlo lo antes posible —me había aconsejado ella.

Intercambié numerosos correos electrónicos y consultas telefónicas respecto al recinto de los gatos monteses con Cal, que a continuación contrató a una empresa para construirlo.

—No debo reparar en costes, al parecer —me dijo Cal—. El laird ha solicitado una subvención y está decidido a que los gatos se reproduzcan.

En las fotos que me envió, vi que el recinto era de última generación: una serie de jaulas similares a pabellones unidas por túneles angostos y rodeadas de árboles, vegetación y escondites artificiales para que los gatos exploraran. Habría cuatro pabellones en total para que todos reclamaran su propio territorio y pudiéramos mantener a las hembras alejadas de los machos en caso de que se quedaran preñadas.

Le mostré las fotos a Margaret mientras nos tomábamos una copa de jerez nuestra última noche juntas.

—¡Madre mía! Podrían meter a un par de jirafas ahí y estarían cómodas. Unos cuantos gatos escuálidos ni te cuento —dijo entre risas.

—Está claro que Charlie se toma muy en serio lo de su programa de cría.

—Sí, bueno, es un perfeccionista, nuestro Charlie. Es una pena que le arrebataran su sueño cuando era tan joven. No creo que se haya recuperado del todo desde entonces.

Agucé el oído.

—¿De qué?

—No debería haberlo mencionado, pero este jerez me ha soltado la lengua. Digamos que ha tenido mala suerte en el amor. Perdió a una chica, que se fue con otro, y luego se casó con esa esposa suya por despecho.

—¿Conoces a su mujer?

—Solo la he visto una vez en persona, el día de su boda, hace ya más de dieciséis años. Intercambiamos unas cuantas palabras, pero no me gustó la pasta de la que está hecha. Es muy hermosa, ojo, pero, como ocurre en los cuentos de hadas, la belleza física no siempre se traduce en belleza interior, y Charlie siempre fue muy ingenuo en lo que a mujeres se refiere. Se casó a los veintiún años, cuando estaba en tercero de medicina en Edimburgo. —Soltó un suspiro—. Ella ya estaba embarazada de Zara, su hija, ¿sabes? Yo diría que hasta entonces toda la vida de Charlie había sido una reacción al comportamiento de su padre. La medicina y el matrimonio le ofrecieron una vía de escape. Puede que por fin haya llegado el momento de Charlie —dijo, y dio el último trago a su jerez—. Ya es hora, sin duda.

A la mañana siguiente, andaba de acá para allá en la parte trasera de Beryl, el Land Rover, que en aquellos momentos contenía a Molly, Igor, Posy y Polson, que aullaban y chillaban a modo de protesta desde el interior de sus cajas. Había costado Dios y ayuda cargarlos y, a pesar del grosor de mi jersey y de los guantes de trabajo, tenía varios arañazos profundos en las muñecas y los brazos. Aunque los gatos monteses escoceses eran más o menos del mismo tamaño y colorido que los domésticos, ahí terminaba la similitud. No se los conocía como los «tigres de las Highlands» por nada. Polson, en particular, tenía tendencia a morder primero y preguntar después.

Sin embargo, a pesar de su naturaleza gruñona y a menudo agresiva, los quería a todos. Eran un pequeño destello de esperanza en un mundo donde muchas especies nativas habían pasado a mejor vida. Margaret me había explicado que, para evitar que se apareasen con los gatos domésticos, en Escocia había varios programas de cría que tenían como objetivo producir cachorros de pura raza para resilvestrarlos posteriormente. Cuando cerré las puertas contra los gruñidos de indignación de los gatos, sentí el peso de la responsabilidad de ser una de los guardianes de su futuro.

Alicia, la eriza que tenía como mascota (llamada así porque de pequeña se había caído en una madriguera de conejo y me había tocado rescatarla de las fauces de Guinness, el perro, cuando ya la estaba sacando del agujero), se hallaba en su caja de cartón en el asiento delantero, junto con mi mochila, que contenía la poca ropa que poseía.

—¿Lista para marcharte? —preguntó Cal, que ya estaba sentado al volante, ansioso por partir.

—Sí. —Tragué saliva con dificultad, consciente de que tenía que volver a la casa y decir adiós a Margaret, el momento más desgarrador de todos—. ¿Me das cinco minutos?

Cal asintió en silencio, comprensivo, y regresé corriendo a la casita de campo.

—¿Margaret? ¿Dónde estás? ¿Hola?

No la veía por ninguna parte, así que salí a buscarla y la encontré sentada en el suelo, en el centro del recinto de los gatos monteses, ya vacío. Guinness y Button montaban guardia uno a cada lado de la mujer, que tenía la cabeza apoyada en las manos y los hombros temblorosos.

—¿Margaret? —Me acerqué a ella, me arrodillé y la abracé—. Por favor, no llores o empezaré yo también.

—No puedo evitarlo, muchacha. He intentado ser valiente, pero hoy... —Se apartó las manos de la cara y vi que tenía los ojos enrojecidos—. Bueno, en realidad hoy es el final de una época, porque los gatos y tú os vais.

Tendió hacia mí una mano nudosa y artrítica, de las que suelen asociarse a las brujas malvadas en los cuentos de hadas, aunque transmitía justo lo contrario: la bondad personificada.

—Has sido como una nieta para mí, Tiggy. Jamás podré recompensarte por haber mantenido a mis animales vivos y sanos cuando yo no disponía de la fuerza física necesaria para hacerlo sola.

—No tardaré en visitarte en tu nuevo bungalow, te lo prometo. No estamos tan lejos, al fin y al cabo. —La abracé por última vez—. Ha sido un placer y he aprendido muchísimo. Gracias, Margaret.

—El placer ha sido mío. Y, hablando de aprender, asegúrate de visitar a Chilly mientras estés allí. Es un viejo gitano que vive en la finca, y una mina de oro en cuanto a remedios herbales tanto para animales como para humanos.

—Lo haré. Adiós de momento, querida Margaret.

Me puse en pie y, como sabía que estaba a punto de echarme a llorar yo también, me dirigí rápidamente hacia la puerta. Cal apareció a mi lado.

—Tú solo encárgate de que esos gatos nuestros tengan unos cuantos cachorritos preciosos, ¿vale? —me gritó Margaret, con un último gesto de despedida, mientras me montaba en Beryl y ponía rumbo al siguiente capítulo de mi vida.

—Esta es tu habitación, Tig —dijo Cal, que dejó caer mi mochila al suelo.

Eché un vistazo al pequeño dormitorio, al techo bajo de yeso cubierto de grietas como venas y protuberancias, como si estuviera exhausto de sostener el tejado. Era una habitación *a)* heladora y *b)* espartana, incluso para lo que estaba acostumbrada. Pero al menos tenía una cama y una cajonera, sobre la que coloqué a Alicia, la eriza, todavía dentro de la caja de viaje.

—¿Puedo meter la jaula aquí también? —preguntó Cal—. Llevaría mal tenerla en la sala de estar. Si se escapa de noche, ¡podría pisarla y aplastarla por error de camino al baño! ¿No se supone que debería estar hibernando?

—Hibernaría si se hallara en libertad, pero no puedo correr el riesgo —expliqué—. No ha ganado suficiente peso desde que la rescaté y no sobreviviría al invierno. Tengo que mantenerla caliente y cómoda, y asegurarme de que siga alimentándose.

Cal llevó la jaula a la habitación y, tras acomodar de nuevo a Alicia en su casa y darle un sobre de su comida para gatos favorita,

me sentí tan cansada que me senté con pesadez en la cama deseando poder tumbarme.

—Muchas gracias por haberme ayudado hoy, Cal. No podría haber bajado a esos gatos por la ladera hasta los recintos yo sola.

—Sí. —Cal me recorrió de arriba abajo con la mirada—. Eres un hada diminuta, ¿no? Dudo que pueda pedirte que me ayudes a reparar las cercas o a cortar leña para las chimeneas este invierno.

—Soy más fuerte de lo que parezco —mentí, a la defensiva, porque en realidad no lo era. Al menos físicamente.

—Sí, bueno, estoy convencido de que tienes otros puntos fuertes, Tig. —Cal abarcó la habitación fría y desnuda con un gesto—. Esta cabaña necesita un toque femenino —insinuó—. Yo no tengo ni idea de esas cosas.

—Estoy segura de que podemos hacerla más acogedora.

—¿Quieres algo de comer? Hay un poco de estofado de venado en la nevera.

—Eh, no, gracias, soy vegana, no sé si lo recuerdas...

—Cierto. Bueno... —Se encogió de hombros al verme bostezar con ganas—. A lo mejor necesitas dormir un rato.

—Creo que sí.

—El baño tiene bañera, si te apetece ponerte en remojo. Yo esperaré para que aproveches la primera agua caliente.

—De verdad, no te preocupes. Me voy a acostar ya —respondí—. Buenas noches, Cal.

—Buenas noches, Tig.

La puerta se cerró por fin a su espalda y me desplomé sobre un colchón engañosamente confortable y amoldado por el uso, me tapé con el edredón y me quedé dormida al instante.

Me desperté a las seis en punto, no solo por la gélida temperatura de la habitación, sino también por la llamada de mi alarma interna. Tras encender la luz, vi que fuera seguía completamente oscuro y que la cara interior de los cristales se había congelado.

Como no tenía que vestirme, porque aún llevaba el jersey y los vaqueros mugrientos del día anterior, me puse un cárdigan más, las botas, el gorro y la chaqueta de esquí. Entré en la sala de estar, que, bajo las pesadas vigas de madera, albergaba una espléndida

chimenea esquinera. Cogí la linterna que Cal me había enseñado y que colgaba de un gancho junto a la puerta principal, la encendí e hice acopio de fuerzas para salir. Orientándome de memoria y gracias a la luz de la linterna, me dirigí al amplio granero que contenía la cámara frigorífica donde me esperaban los restos de paloma y conejo para alimentar a los gatos. Tras meterlos en una cesta, vi a Cardo dormido sobre una bala de paja en una esquina. Al oírme, se levantó y se desperezó, somnoliento, antes de acercarse a saludarme caminando con aquellas patas imposiblemente largas para apoyar el hocico puntiagudo en la palma de mi mano extendida. Lo miré a los inteligentes ojos marrones, enmarcados por un pelaje gris que recordaba a unas graciosas cejas pobladas, y se me derritió el corazón.

—Vamos, chico. A ver si podemos encontrar algo para que comas tú también.

Después de coger la comida de los gatos y seleccionar un hueso jugoso del tajo para Cardo, me dirigí de nuevo al exterior. Cardo intentó seguirme, pero lo empujé a regañadientes de vuelta al interior del granero.

—Tal vez otro día, cariño —le dije.

No podía arriesgarme a asustar a los gatos cuando acababan de llegar.

Crucé la extensión de césped helado y bajé por la pendiente hacia los cercados. La negrura del cielo era la más intensa que había visto en mi vida, sin una pizca de luz artificial siquiera. Sirviéndome de la linterna para guiarme por la ladera, llegué a la entrada del primer recinto.

—¿Molly? —susurré en la oscuridad—. ¿Igor? ¿Posy? ¿Polson?

Giré el pomo como de costumbre, pero entonces recordé que allí, donde era posible que se recibieran visitantes en el futuro, había un teclado sobre la cerradura para evitar que la gente entrara en los recintos de forma indiscriminada y alterara a los gatos. Obligué a mi cerebro a recordar el código que me había dado Cal, pulsé la que creía que era la combinación correcta y, al tercer intento, se produjo un pequeño clic y la puerta al fin se abrió. La cerré detrás de mí.

Repetí los nombres de los gatos una vez más, pero no oí nada; ni el más mínimo crujir de una pezuña sobre una hoja seca. Con

aquellos cuatro recintos enormes, los felinos podían estar en cualquier sitio y, desde luego, todos estaban escondidos, seguramente enfurruñados.

—Eh, chicos, soy yo, Tiggy —susurré en medio del silencio más absoluto, y mi aliento formó olas heladas ante mí—. Estoy aquí, no hay por qué tener miedo. Estáis a salvo, os lo prometo. Estoy aquí con vosotros —reiteré, y esperé de nuevo para comprobar si respondían a mi voz.

No lo hicieron, y después de investigar todos los pabellones y de aguzar el oído durante todo el tiempo posible sin morir de frío, distribuí la carne, salí por la puerta y volví a subir la ladera.

—¿Adónde has ido tan de buena mañana? —me preguntó Cal al salir de la pequeña cocina con una humeante taza de té para cada uno.

—He ido a ver cómo estaban los gatos, pero no han salido. Lo más probable es que los pobres estén aterrorizados, aunque al menos han oído mi voz.

—Ya sabes que no soy precisamente fan de los gatos en general. Son criaturas antisociales y egoístas que arañan, y cuya lealtad varía hacia quienquiera que los alimente. Prefiero mil veces un perro como Cardo —comentó Cal.

—Lo he visto esta mañana en el granero y le he dado un hueso de la cámara —admití, y después di un sorbo al intenso brebaje—. ¿Siempre duerme allí?

—Sí, es un perro de trabajo, como ya te dije, no un cachorro urbanita mimado.

—¿No podría dormir en la cabaña de vez en cuando? Ahí fuera hace un frío tremendo.

—Uy, Tig, eres demasiado blanda. Está acostumbrado —me reprendió ligeramente cuando regresaba a la cocina—. ¿Quieres tostadas con mermelada?

—Sí, me encantaría, gracias —contesté a voces mientras entraba en mi habitación y me arrodillaba frente a la jaula de Alicia para abrirle la puertecita.

Vi dos ojos brillantes que asomaban de la chocita de madera en la que le gustaba acurrucarse. Se había roto una de las diminutas patas al caer por la madriguera del conejo y nunca se había recupe-

rado del todo. Cojeaba por la jaula como una jubilada, a pesar de que tenía apenas unos meses.

—Buenos días, Alicia —susurré—. ¿Cómo has dormido? ¿Te apetece un poco de pepino?

Volví a la cocina para sacar el pepino de la nevera, que vi que necesitaba una limpieza a fondo para eliminar el tono verde del moho de la parte posterior y de los estantes. También me fijé en que el fregadero estaba lleno de cazuelas y sartenes sucias. Saqué la tostada de la parrilla y la unté con margarina sobre la estrecha encimera, que se hallaba cubierta con las migas de pan de al menos una semana.

«Típico de los hombres», pensé. Aunque no era una maniática de la limpieza, aquello superaba mis niveles de tolerancia y me moría de ganas de ponerme manos a la obra. Después de dar de comer a Alicia, me senté con Cal a la pequeña mesa situada en la esquina de la sala y me comí la tostada.

—Bueno, ¿qué es lo que sueles dar de comer a los gatos por la mañana? —preguntó.

—Hoy les he dado las palomas y un par de los conejos que me traje.

—Pues tengo un montón de corazones de ciervo para ti almacenados en el congelador. Ya te lo enseñaré, está en un cobertizo que hay en el patio trasero del pabellón.

—Les encantarán, Cal, gracias.

—No lo entiendo, Tig. Dices que eres vegana, así que ¿cómo eres capaz de manipular carne muerta a diario?

—Porque es la naturaleza, Cal. Los seres humanos estamos lo bastante evolucionados para tomar decisiones conscientes sobre nuestra dieta y tenemos muchas fuentes de alimento alternativas para mantenernos con vida, al contrario que los animales. Alicia come carne porque es lo que hace su especie, igual que los gatos. Es lo que hay, aunque reconozco que no me apasiona manipular corazones de venado. En realidad el corazón es la esencia de todos los seres, ¿no crees?

—No puedo hacer comentarios al respecto; soy un hombre y me gusta el sabor de la carne roja en la boca, ya sea asadura o el mejor corte de solomillo. —Cal me miró sacudiendo un dedo en señal de negación—. Y te lo advierto, Tig, nunca evolucionaré, soy un carnívoro de tomo y lomo.

—Te prometo que no intentaré convertirte, aunque trazaré el límite en cocinar chuletas de cordero y esas cosas para ti.

—Además, pensaba que a todos los franceses os encantaba la carne roja.

—Soy suiza, no francesa, así que puede que eso lo explique —respondí con una sonrisa.

—Margaret me dijo que también eres algo cerebritito, ¿no, Tig, con tu carrera y todo eso? Estoy seguro de que podrías conseguir un trabajo bien remunerado y de altos vuelos en algún laboratorio, en lugar de estar aquí haciendo de canguro a unos cuantos gatos sarnosos. ¿Por qué Kinnaird?

—La verdad es que trabajé varios meses en el laboratorio de un zoo analizando datos. El sueldo estaba bien, pero yo no era feliz. Lo que cuenta es la calidad de vida, ¿no te parece?

—Sí, y con lo que me pagan aquí por partirme la espalda trabajando un montón de horas, ¡más me vale creerlo! —Cal soltó una risotada grave—. Bueno, me alegro de que estés aquí, agradeceré la compañía.

—Había pensado en hacer la limpieza de primavera de la cabaña hoy, si no te importa.

—No le iría nada mal, eso está claro. Nos vemos más tarde.

Sin más, se arrebujó en su viejo Barbour y se dirigió a la puerta.

Pasé el resto de la mañana con los gatos, o, mejor dicho, sin ellos, porque por más que los busqué en las guaridas cuidadosamente ocultas en el follaje, no conseguí verlos.

—Menudo desastre si los animales a mi cargo murieran la primera semana —le dije a Cal cuando pasó por la cabaña a la hora del almuerzo para comerse uno de sus megasándwiches—. Su comida está intacta.

—Sí, sería un desastre —gruñó—, pero parecían tener grasa suficiente para sustentarse por lo menos unos días. Se estabilizarán, Tig.

—Eso espero, de verdad. Bueno, tengo que ir a comprar comida y productos de limpieza —añadí—. ¿Cuál es el sitio más cercano para eso?

—Te acompañaré a la tienda del pueblo. Así de paso te doy una clase de conducción: cuesta acostumbrarse a Beryl.

Pasé la hora siguiente conduciendo a Beryl y descubriendo sus excentricidades mientras íbamos a la tienda del pueblo y volvíamos. La tienda me resultó decepcionante, pues vendía ni se sabe cuántas variedades de galletas para los turistas de paso pero poco más. Al menos compré patatas, repollo y zanahorias, unos cacahuetes salados y muchas alubias cocidas, por las proteínas.

De vuelta en la cabaña, Cal se marchó de nuevo, pero, tras buscar una fregona y una escoba sin éxito, decidí que no me quedaba más remedio que ir a preguntar a Beryl si tenía algún utensilio que pudiera prestarme. Crucé el patio hacia la puerta de atrás del pabellón. Llamé con los nudillos y no obtuve ninguna respuesta, así que abrí y entré.

—¿Beryl? ¡Soy Tiggy, de la cabaña! ¿Estás aquí? —llamé mientras caminaba por el pasillo hacia la cocina.

—Estoy arriba, querida, explicándole las cosas a la nueva sirvienta —me llegó una voz desde la planta superior—. Bajo enseguida. Ve y pon la tetera en el fuego, por favor.

Seguí las órdenes de Beryl y aún estaba buscando una tetera cuando entró acompañada de una mujer joven con la cara pálida, ataviada con un delantal y un par de guantes de goma.

—Esta es Alison, mantendrá el pabellón como los chorros del oro cuando lleguen los huéspedes en Navidad. ¿No es así, Alison?

Beryl hablaba despacio, articulando las palabras, como si la chica fuera dura de oído.

—Sí, señora McGurk, eso haré.

—Bien, Alison, te veré mañana a las ocho en punto. Hay mucho que hacer antes de que llegue el laird.

—Sí, señora McGurk —repitió la muchacha, que parecía tener un miedo espantoso a su nueva jefa.

Se despidió con un gesto de la cabeza y a continuación se escaulló a toda prisa de la cocina.

—Madre mía —comentó Beryl al tiempo que abría un armario para sacar una tetera—, no ha sido bendecida con el don de la inteligencia, nuestra Alison, pero yo tampoco dispongo de una amplia gama de personal entre el que elegir en esta zona. Al menos puede venir caminando hasta el trabajo desde la granja de sus padres, y eso, durante el invierno, es muy importante.

—¿Tú vives cerca? —le pregunté a Beryl, que ya estaba echando las hojas de té a cucharadas en la tetera.

—En una casa de campo justo al otro lado de la cañada. Supongo que no pones leche al té.

—No.

—¿Tienes permitida una de mis galletas caseras de chocolate y caramelo? Llevan mantequilla. —Beryl señaló un tentador estante de galletas cubiertas con gruesas capas de chocolate y caramelo—. A fin de cuentas, la lechería del pueblo está a la vuelta de la esquina, y puedo certificar personalmente que las vacas están muy bien cuidadas.

—Entonces sí, gracias, me encantaría probar una —contesté tras decidir que no era el momento de intentar explicarle que a lo que me oponía era al hecho de que a los terneros recién nacidos los arrancaran de inmediato del lado de sus madres, a las cuales mantenían preñadas de continuo para que proporcionaran niveles antinaturales de leche para los humanos—. Son sobre todo la carne y el pescado lo que me niego a comer. Pero hago alguna excepción esporádica en lo que se refiere a los productos lácteos; me encanta el chocolate con leche —reconocí.

—¿Y a quién no? —Beryl me tendió un plato con una galleta y esbozó un atisbo de sonrisa, así que sentí que habíamos dado un pequeño paso hacia delante en nuestra relación, aunque fuera a expensas de mis principios—. Bueno, ¿cómo te las arreglas en la cabaña?

—Bien —dije sin dejar de saborear cada bocado de la deliciosa galleta, que, en efecto, llevaba mucha mantequilla—. He venido a preguntarte si tenías una fregona, una escoba y quizá un aspirador que pudiera llevarme prestados para hacerle una buena limpieza.

—Sí, por supuesto. Los hombres parecen disfrutar de vivir como cerdos en su propia mugre, ¿verdad?

—Algunos hombres, sí, aunque mi padre era una de las personas más escrupulosas que he conocido en la vida. Nunca había nada fuera de su sitio, y se hacía él mismo la cama todas las mañanas a pesar de que tenía... teníamos... un ama de llaves que se encargaba de esas cosas por nosotros.

Beryl me miró como si estuviera reevaluando mi estatus.

—O sea, que eres de familia bien, ¿no?

Era un concepto con el que no estaba familiarizada.

—¿Qué significa eso?

—Lo siento, Tiggy, tu inglés es tan bueno que me olvido de que debes de ser francesa, a juzgar por el acento que capto.

—En realidad soy suiza, pero mi lengua materna es el francés, sí.

—Me preguntaba si perteneces a la nobleza —añadió Beryl—. Por eso de que, según dices, teníais ama de llaves.

—No, o al menos no creo. Verás, mi padre nos adoptó a mis cinco hermanas y a mí cuando éramos bebés.

—Ah, ¿sí? Es fascinante. ¿Y tu padre te dijo de dónde procedes originalmente?

—Por desgracia, murió hace poco más de cinco meses, pero nos dejó una carta a cada una. En la mía me explica dónde me encontró con exactitud.

—¿Y vas a ir a ese lugar?

—No estoy segura. Soy feliz siendo yo... Es decir, el «yo» que he sido siempre, y guardo recuerdos maravillosos de mis hermanas y de mi padre adoptivo.

—¿Y no quieres que nada los altere? —preguntó Beryl.

—No, creo que no.

—¿Quién sabe? A lo mejor algún día te apetece, pero, de momento, lamento tu pérdida. Bien, las fregonas y las escobas están en el armario del pasillo, al salir a la izquierda. Puedes llevarte lo que necesites, siempre que lo devuelvas cuando hayas terminado.

—Gracias, Beryl —dije, conmovida por sus palabras de consuelo sobre Pa.

—Si necesitas cualquier otra cosa para hacer que esa cabaña vuestra sea más habitable, dímelo. Ahora debo llamar por radio a Ben, nuestro manitas, y pedirle que lleve leña a Chilly.

—¿El viejo gitano que vive en la finca?

—Ese mismo.

—Margaret me dijo que debería conocerlo.

—Bueno, está siempre en casa, querida. La artritis lo tiene doblado, y nunca entenderé cómo consigue sobrevivir a los inviernos ahí fuera, en la cañada. Al menos ahora tiene la cabaña de madera que el nuevo laird le construyó en verano. Tiene aislamiento, así que no pasa frío.

—Eso fue todo un detalle por parte de Ch... el laird.

—Yo ya le he dicho que, por la propia seguridad de Chilly, los servicios sociales deberían trasladarlo al pueblo. El problema es que, cada vez que se dan la caminata para venir a evaluarlo, ese viejo se esconde y nadie es capaz de encontrarlo. La próxima vez que vengan, no se lo advertiré. —Beryl resopló—. Eso también significa que uno de nosotros debe ir a verlo todos los días, llevarle comida y llenarle la cesta de leña. Como si no tuviéramos bastante que hacer ya. Bueno —Beryl alcanzó el equipo de radio—, tengo que seguir.

Cogí una fregona, una escoba y un aspirador y me los llevé como pude por el patio. El hecho de que Cardo no parara de cruzarse delante de mí, emocionado, no ayudó.

—Eh, Tig —me llamó una voz desde las entrañas del cobertizo del patio—. Estoy aquí, hirviendo un par de cabezas de ciervo. No irás a preparar té, ¿verdad?

—Sí, pero tendrás que salir y venir a buscarlo; no pienso poner un pie ahí dentro mientras estés haciendo eso —le contesté a gritos.

—Gracias, Tig. Dos de azúcar, por favor.

—Sí, ilustrísima —respondí—. Pero primero dejaré el cubo y la fregona, si no os importa.

Le dediqué una reverencia y luego abrí la puerta de la cabaña.